

## Nueva lectura de André Gide.

Esta Nathanäel entre nosotros, desde su aprendizaje ansioso de "Los manjares terrestres", y el mundo le brinda ahora horizontes no descubiertos, fiebres nunca sufridas, extraños hambres. Es una errancia sin fin. Una búsqueda en la que busca el alma, busca el ansia, la carne, el hueso mismo buscan. Aquí encontramos nuevamente a Andrés Gide.

En su nombre, cargado de direcciones, de contradicciones, de brillos tan nitidos, de tan profundas simas, en el nombre de Gide reposa íntegra, palpitante, toda una época de la literatura francesa.

Pero aquel es un tiempo lejano. Y su vida, esa vagancia que arde como una llama, lo hace cambiar y consumirse, y es entonces Gide como la distante hoguera nocturna que vemos en los campos, durante los crepúsculos de invierno. Una cambiante luz que vacila, huye, renace. Un presen-tido calor lejano. Y misterio. Y deseo de partir, de buscar. En su secreta vocación de abeja pensante ¿qué cáliz singular y bello, qué flor no vista aún, qué miel de sabor nuevo lograrán retenerlo? Ya en "Les nourritures terrestres" Gide decía a su interlocutor absorto, en la grave atención de la tarde: "*Nathanaël, tu regarderas tout en passant et tu*

*net'arrêteras nulle part*". Aquí se inicia el moderno debate en torno a la influencia decisiva que ejerce este hombre singular sobre el tiempo nuevo. ¿Lo mirará todo de paso, sin detenerse en cosa alguna?

Fatiga a la más resistente mentalidad crítica imaginar una revisión de lo que Gide ha escrito, de lo que ha defendido, de lo que ha creado; y de lo que se ha escrito en torno a su obra, a su vida y a sus sensacionales posiciones morales e ideológicas. El tiempo juvenil en que un asombroso escritor de 25 años daba esos pensativos "Cahiers d'André Walter", se clarifica y se ilumina ahora con la plenitud triunfal de su crepúsculo.

Quisiera detenerme con larga complacencia en las muchas etapas simples, perfectas, extrañas, casi diabólicas a veces, que contiene la obra total de Gide. Pero este intento delinea un camino, un fin. Ese mundo pensante se hiende en dos nítidos orbes. Las lecturas de ayer, en donde están las veleidades, los goces y las predilecciones de la juventud; la pasión por la forma y el ensueño, los vagos presentimientos de la vida. Y la obra de este tiempo, que viene ahora a concretarse en los libros recientes y en los sorprendivos virajes de la vida y del pensamiento gidianos.

El desilusionado lector en español se sorprende ya muy poco de la ignorancia casi absoluta que respecto a Francia y a sus más altos nombres han padecido España y la América Latina. El caso Gide es sistomático. En él vive, evidente, toda una época literaria a la que los manuales dan prematuramente un apolillado sabor de antología guardada. La lírica juventud de este hombre que rivalizó con Pierre Louys y alternó, en el elogio y en la gloria, con los nombres de Stephane Mallarmé, de Heredia, de Oscar Wilde, no trascendió en nuestro mundo cerrado y conturbado, en donde tanto y tan bien campean aún el folletín absurdo y la novela rosa.

Sin embargo, su influencia ha existido, larga y silenciosamente, en los grupos de *élite* y entre las selectas minorías del pensamiento latino. Y no sólo cuando el escándalo se extendió sobre su nombre y sobre su obra. También vemos la huella gidianiana en la producción literaria del tiempo coincidente con el fervor crítico de los “Prétextes”, de los “Nouveaux Prétextes”, de las “Incidences”. La influencia de su audaz y extraño “Inmoraliste”. La señal desconcertante y cínica de su “Si le grain ne meurt”, en que sobrepasa—¡en tanto!—a las *Confesiones* de Jean-Jacques. El suceso del “Corydon” que tan dosificadamente supo mezclar el escándalo con el estupor.

Miramos la obra total. Y al lado está Gide, el hombre. A veces se confunde con ella. En ocasiones, simplemente, vive en su cercanía, en su paraje sentimental. Siempre he pensado que en una múltiple conversación sobre André Gide, simplificada hasta el extremo, hasta llegar al diálogo, aún los dos interlocutores finales no coincidirían en su pensamiento sobre este ser cambiante como el río heraclitano. Y tan límpido y claro como su agua incesante.

De la discusión en torno a esta obra, del choque de tan violentas ofensivas polémicas encaminadas a demolerla han brotado a veces chispas de lucidez, formidables enfocamientos críticos. Gabriel Marcel ha designado a Gide como un “ser de diálogo”. Pienso en una aguda intuición encerrada en ese juicio. Se basa en la pugna terrible y sorda que sostienen en su espíritu las corrientes de cristianismo y paganismo en las que sacia su sed. Y contempla también su “metódico cultivo de la insatisfacción”.

El nacimiento y la educación de Gide—que él nos relata en la angustiada y descarnada confesión de “Si le grain ne meurt”—sufren la influencia de sus circunstancias, natales. Nacido de un padre protestante, del Languedoc de una madre normanda de familia católica, esa alusión pe-



sa en su obra, a la que agitan e inquietan las incidencias de una severa educación calvinista actuando sobre una juventud que alternaba el sueño con el pensamiento. Su amor a la Francia eterna encierra también, como forma excepcional, un singular carácter de retorno a la tierra, de comunión completa con la región natal: “ . . . *et que né à Paris je comprends à la fois l'oc et l'oïl, l'épais jargon normand, le parler chantant du midi, que je garde à la fois le goût du vin, le goût du cidre, l'amour des bois profonds, celui de la garrigue, du pommier blanc et du blanc amandier*”.

A pesar de ello Gide exalta la búsqueda juvenil, el viaje, la aventura. Entre sus personajes, el que derrocha la más profunda humanidad es sin duda el hijo pródigo. Su retorno adquiere en Gide un patético carácter de aprendizaje vital, de ruda enseñanza. Y, a pesar de ello también, al tomar el partido del que no se arraiga, del que siempre parte, Gide ataca a Maurice Barrés, a propósito de sus “Deracinés”: “*Né à Paris d'un père Uzétien et d'une mère Normande, où voulez-vous, Monsieur Barrés, que je m'enracine?*” Se debilita, pues, frente a Gide, el culto por los muertos y por ese concepto de patria inmóvil, extática, que plantean los “Déracinés”.

A su vez Henri Beraud, Jacques Maritain, Henri Massis han atacado violentamente a Gide, desde extremas ubicaciones doctrinarias. Y sus puntos de vista han dado origen a uno de los más originales debates de este tiempo. Superada la época juvenil del artista, gozada bajo la intensa atmósfera del Simbolismo, a las obras de esa época, todas de exquisita belleza formal, sucede la febril creación novelesca en que Gide se complace como en la misma vida. De ella surge ese extraño Lafcadio, ser contradictorio y admirable, cuya ubicación absoluta, en la realidad o en el sueño, no es posible lograr jamás. Sin embargo, Lafcadio exis-

te. Representa mucho de la extrema ansiedad de este tiempo. Representa su angustiosa excentricidad, su *èlan* sin dirección, su posición frente al creciente vacío del mundo. Es un ser de espontaneidad, de desinterés. Y no hay equívoco en decir: es un ser sin principio ni fin. Lafcadio es casi un poema. Pero circula, vive y actúa como un hombre. Vá al amor con esa ciega y estremecida ternura con que los hombres admiten los destinos unidos de la carne y el corazón. Pero antes brota en él una admirable y extraña flor de enrarecido clima moral: el acto absolutamente desinteresado, el crimen sin motivo y sin fin, desprovisto de todo precedente, de toda mira ulterior. El crimen por el crimen, la más extraña figura de ética privada que ha podido plantearnos André Gide.

El tiempo nuevo trae ya las nuevas lecturas. Han arreciado los ataques. Y Gide ha respondido. La respuesta vive en sus libros y puede leerse en su vida. Es un juego singular y apasionante. Llega el otoño, y pasado ese tiempo estival en que el artista ha buscado sin descanso la posesión y el goce del mundo, el otoño le trae los amargos frutos de la hora en que se anuncian la revisión integral del pensamiento y de la vida. La historia de la última y sensacional evolución de Gide hacia las extremas posiciones de la trágica lucha social está reseñada en la admirable sucesión de sus "Páginas de Diario" correspondientes a los últimos años. Después de "Les faux monnayeurs", una de las más originales creaciones de la literatura contemporánea, la verdadera "teoría de la novela" en la obra de Gide, en la que salen a la luz sus predilecciones por Marcel Proust y Paul Valéry, y por todo lo intenso, lo diabólico y lo apasionante de esta obra; después de "Numquid et tu", que es un retorno al pensamiento religioso y trascendental, las "Pages du Journal" muestran, en esquemas llenos de dolorosa lucidez, la lenta evolución del artista hacia los terribles pro-

blemas humanos de su tiempo. Y a tal punto llega a ser fundamental esta actitud, que en la admirable "Unión pour la Vérite", que es hoy la gala de la libre discusión de la mentalidad latina, los enemigos de ayer se sumaron a nuevas figuras del pensamiento reaccionario francés, para atacar pero también esclarecer el *problema Gide*. Su argumentación y opiniones formaron ese original volumen polémico que la N. R. F. publicó el año pasado, bajo el título "André Gide y nuestro tiempo". Jacques Maritain, François Mauriac, Henri Massis, Daniel Halevy opinan allí, y sus juicios señalan nuevos caminos para la interpretación y la búsqueda del "hombre Gide", nuestro objeto bullente y móvil, como esa vida que ama y que canta.

Y ahora, iniciada la etapa nueva, el otoño paradójicamente febril, entre la proclama partidista, entre la ilusión que infunde la creación política, frente a la entrega íntegra del militante social, Gide dá "Les nouvelles nourritures", como un canto de cisne. Libro desnudo y cálido, lleno de profunda ternura humana, de secreta esperanza. Y vemos que es difícil volver los ojos a otras lecturas que parecen ya frías, vacías y estériles, después de experimentar la alta tensión espiritual de este hombre que va hacia el materialismo como hacia una extraña y desesperada liberación.

Párrafos llenos de calor de sangre, leídos en las desoladas horas de la primavera reciente, qué largo sonido retumba en el corazón con tus palabras llenas de las dulces y amargas sustancias de la tierra. En realidad, aquí están los "nuevos manjares", los "alimentos nuevos". Hay para ellos hoy también un nuevo hambre que será la sobria saciedad de mañana, la feliz plenitud futura. "Tú que vendrás cuando yo no escuche ya los ruidos de la tierra, y cuando mis labios no beban ya su rocío. Tú que me leerás quizás más tarde, es para tí que yo escribo estas páginas". A este ser imaginado en el soñado mundo mejor, al Nathanaël que es ya

*el camarada*, van así dedicados “Les nouvelles nourritures”.

Yo creo ver una nueva evasión de Gide, en estas páginas, desde la dura posición que ha asumido en la lucha, hacia la eterna fuente feliz. Propugna, claramente, una revisión integral del espíritu del cristianismo, que considera ahogado por su letra. Es una réplica a la interpretación religiosa de su pensamiento hecha—¡tan inteligente y dogmáticamente!—por Jacques Maritain. Para Maritain el patetismo de la obra y la vida de Gide está en que busca ansiosamente los valores evangélicos sin poder concebir jamás el Evangelio en el orden eternal de la vida. Y cree encontrar, como en Dostoiewsky, algo de evangélico en su esfuerzo por llegar al oscuro mundo, al infierno exterior. Hay una preocupación de redención que es para Maritain profundamente cristiana, aunque sin el sentido del más allá. Yo pienso que Gide anhela la realidad previamente terrena de “un reino de este mundo”. Pero no es posible ver desmerecer por ello su eterna calidad espiritual. El llega a las extremas posiciones del arte y de la vida—lo ha constatado por primera vez este siglo—por las vías del sentimiento, encontrando el más claro camino cordial. ¿De qué puede acusársele por haberlo encontrado?

Prosa, poesía, sueños de este libro, en todas sus páginas alienta un calor interior que es la suma y la clave de la obra gidiana. La liquidación del ayer pensante. Quizá la ruptura de las amarras para siempre. Parte de este barco. ¿Hacia qué nuevos climas humanos? ¿Hacia qué parajes distantes y sorprendentes de un mundo próximo a arder en la crisis definitiva? No es posible preverlo. Pero hay todavía remansos tan calmados, páginas de tan sorprendente belleza, que en ellas bien vale detenerse a buscar la semilla “que—esta vez—no debe morir”.

Como en los livianos libros de ayer, “Les nouvelles nourritures” incluye breves notaciones, en verso, en prosa, predilecciones, paseos, pensamientos. Entre los *Rencontres*, una página intensa plantea la nueva fé gidiana, bañada en absoltua humanidad. Es un breve relato. Narra un episodio callejero, ocurrido en un atardecer, en Florencia. Una pequeña niña se precipita en el Arno, en medio del bullicio de las fiestas populares. Nadie pudo advertirlo. Nadie sabía quién era. Se ignoraba todo en su humilde vida frustrada. Sólo un muchacho, quizás tan desamparado y triste como la pequeña suicida, logró contenerla un momento en el vacío, antes de que cayera al río. Pero la niña, en ese vertiginoso instante, le había suplicado: “Prego, lasciatemi”. Y él la había dejado caer. Y Gide añade: (“Yo imaginaba que en el instante en que él cogía a esta niña y la disputaba a la muerte habría podido, sintiendo y compartiendo su desesperación, inundarse de un amor desesperado hacia ella, que les hubiera abierto el cielo a ambos. Es por piedad que él la había dejado caer. «Prego, lasciatemi»”). “Pero por qué este relato—me pregunta Nathanaël—en un libro que consagras a la alegría.—Este relato hubiera querido hacerlo en términos aún más simples. En verdad, la felicidad que toma impulso sobre la miseria, no la quiero.

Una riqueza que priva a otro, no la quiero. Si mi vestido desnuda a otro, iré desnudo. ¡Ah, tú tienes mesa abierta, Señor Cristo! Y lo que hace la belleza de ese festín de tu reino es que todos somos convidados”.

Estas palabras de un Canaan remoto que parecen venir de la soñada tierra prometida, suenan hoy en una Francia a la que estremecen definitivos conflictos humanos. Pero Gide deja subsistir nuevas interrogaciones, ante las que se detiene con pasión contenida que equivale a la secreta

fe. Esperemos que también se dé íntegro en las nuevas respuestas. Entre tanto vamos a sus líneas como hacia esa rosa mental y maravillosa de los sueños, que permanece inmóvil en su rosal eterno, aunque a su lado ruja toda la noche el viento helado del delirio.

JOSÉ ALVARADO SÁNCHEZ.



Biblioteca de Letras  
«Jorge Puiginielli Converso»

